



PSICOANÁLISIS & LITERATURA/ENTRECruzAMIENTOS

Sublimación y novela: la invención de Auster.[*]

Por Mariana Garfinkel, Noemí Lescano, Edith Russo, Silvia Sepiurka (**)

Hace tres años que leemos juntas. Dedicamos un extenso tiempo a recorrer la obra de Marguerite Duras, en el 2008 pasamos a Paul Auster. Dos libros fueron los que nos convocaron, *El Palacio de la Luna*, *La Invención de la Soledad*. Es sobre éste último que vamos a trabajar, el que dio lugar a que se formulen algunas preguntas, y el que nos ha llevado a una articulación con el psicoanálisis.

Una vez cerrado el libro, de lectura difícil, pudimos pensar entre otras cosas, que en esta novela uno se encuentra junto a Paul Auster con un padre, igual al que todos nosotros tenemos, o mejor dicho, es un padre que cualquier neurótico lleva a su análisis. Fallido, ausente, torpe, indiferente, el que podría haber hecho cosas por nosotros, sus vástagos, y no lo hizo.

Al cerrar el libro, uno sabe que el escritor tiene otro padre, "algo" hizo con él. No se ha quedado rumiando reclamos que oscurecen su alma, no se justifica por lo que es, porque alguien no le ha dado la oportunidad, si así fuese, el libro no se hubiese escrito, y Auster, es Paul Auster, un escritor.

Hay un giro, que se acompaña no sin la angustia del lector, en el despliegue de la trama, en las hojas que se pasan.

Escribir, un destino posible, una forma que adopta la sublimación. Y si ésta, la sublimación, es puesta en marcha, se hace claro, luego de la lectura de la novela, que la reducción del goce está íntimamente conectada.

¿Qué relación existe entre la sublimación y la reducción del goce?, primer pregunta.

Paul coloca la página en blanco delante suyo, luego de haber muerto su padre, y es el duelo, por ese hombre del que ha heredado su patronímico, el que se despliega, y al que, curiosamente, uno puede acompañar en el sentimiento. Y si bien la escritura es un acto de soledad, al igual que el duelo, el resultado es que tenemos un libro en nuestras manos.

Concluimos entonces, claramente, porque nos ha pasado por nuestra alma y nuestro cuerpo, que de la sublimación se desprende un objeto.

¿Cuál es el lugar del lector? Segunda pregunta. Piglia nos contesta que leemos para aprender a vivir, y una parte importante es saber perder, renunciar. Desde el primer libro Auster nos habla del despojamiento, del desasimiento de objetos, de la propia persona, poder perder un padre, para tenerlo. Auster, como

EL OTRO

apellido, tiene una relación significativa directa con la austeridad, y de un padre que no compra un bate de baseball por ser caro, o la lapicera más barata, los personajes del autor hacen un reiterado ejercicio de anotar la pérdida de las más diversas maneras, y es a través de distintas historias en las que se enreda nuestra alma, que aprendemos a anotar, a marcar la ausencia, a recorrer el laborioso trabajo por el cual algo puede darse por perdido, Paul nos da letra, nos hace el pie, para que algo de nuestra palabra emerja, también es habitual llevar a nuestros análisis las historias que leemos.

Y hay algo claro, el que escribe no es gozado por el otro, y el que lee tampoco, más bien aprendemos caminos para salirnos, leer es un alivio para el pensamiento rumiante íntimo y solitario.

Un libro puede atraparnos y dejarnos con los ojos abiertos una noche, ocupar el lugar de nuestros sueños. Un libro es producto de la soledad del escritor, y en ese sentido el título de ésta novela dice, soledad no en el sentido del ser abandonado, soledad en relación a solitud, como acto de un sujeto de apartarse, de retirarse. La muerte del padre, el ser dejado, lo lleva a un acto de apartamiento, de retiro activo: la escritura.

¿Toda escritura conlleva un duelo? Tercer pregunta.

La historia de este libro despliega la textura de la novela familiar del autor, y en su trabajo de rememoración descubre un hecho histórico que nos deja perplejos, y que en la primer versión del trabajo ni siquiera podemos escribir porque parece un golpe bajo. Paul tiene un padre ausente, que parece vivir otra realidad, porque ha quedado atrapado en una escena siniestra de su infancia: su madre matando a su padre, escena trágica con la que sale a la vida a su manera. Pero en la intimidad de la lectura, todos quisiéramos encontrar en nuestras novelas una escena que explique lo inexplicable, lo fallido de un padre. ¿Es terrible, o por el contrario le pone texto a la ausencia? Paul ¿de dónde vienes? Has encontrado la tragedia en tu historia, y ¿qué haces?, la escribes, te trabajas el ser, te haces Paul Auster. Y si en tu pueblo decir Auster remite a esa familia con un destino trágico, decir hoy Auster, abarca más que un pueblo, y es hablar de un escritor. Pero no ignoramos el precio que has pagado, descomponer tu apellido en letras, tus personajes, en la segunda parte del libro no tienen nombre, son iniciales, has abordado la letra a secas, has bordeado el vacío en un libro de la memoria, que tiene el costo de escribirte en tercera persona, esa cosa elevada a ser digna en tus desvaríos, tejer una trama alrededor de la nada, de lo para siempre perdido, tolerar el vértigo que este trabajo de la propia persona implica. Trabajo que muchos elegimos transcurrir con el soporte de la transferencia, y que no siempre puede llegar a orillar el ser.

Freud bien decía que la sublimación es algo que no puede exigirse a todos los pacientes, lejos de ser un camino de rosas, es espinoso, y no es cualquier alma el que puede atravesarlo. Tu duelo, tu nada, suspiros en las reuniones con café de por medio, nos hizo hablar. En la última reunión te rescatamos, la escena en que tomas las corbatas de tu padre, es la que comienza con la anotación de su muerte, incógnita para vos. ¿Te has dado cuenta Paul que escribes un recuerdo en el que todas las mañanas tu padre mientras se anuda la corbata te dice: "Levántate y brilla, pequeño".

EL OTRO

Has desanudado la corbata de tu padre, y has sacado del bolsillo de tu pluma la palabra que habilita y que no te ha dejado adormecido en el dolor, te has levantado para apartarte, y a solas con un Pinocho que te dio texto, fuiste a buscarlo a él, al vientre de la ballena, lo has cargado sobre tus hombros y lo has llevado a tu orilla, en medio de un mar de palabras, porque te formulaste la pregunta: ¿cómo se sale del vientre de la ballena que ha tragado a mi padre?, caminando de puntillas, por la punta de la lengua.

[*] Texto presentado en el espacio *Intersecciones* el 20 de marzo 2010

(**) Integrantes del Circulopsicoanalítico Freudiano